

Esperanza
Ortega
Los versos
de mi amiga

Esperanza
Ortega
Los versos
de mi amiga

Galaxia Gutenberg



Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2. 1.^a
08037-Barcelona
info@galxiagutenberg.com
www.galxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© de los poemas: Esperanza Ortega, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B-
ISBN: 979-13-87605-71-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota

Nunca la tuve / pero me tiene

ARNAUT DANIEL

Cité estos versos en unas Jornadas de Poesía que se celebraron en Valladolid en 1996, con el título de «Raíz de treinta». Cada uno de los treinta poetas convocados debía explicar su poética. A mí se me hacía muy cuesta arriba preparar mi colaboración, pues se trataba de una de mis primeras intervenciones públicas y no se me ocurría cómo empezar, hasta que encontré los versos de Arnaut Daniel. Lo recuerdo precisamente hoy, cuando acabo de terminar un libro de poemas, tras mucho tiempo de espera.

¿Qué ha cambiado en estos años?

Poco ha cambiado en mi relación con la poesía, tan apasionada como desigual: sigo prendada de la dama más exigente, que me posee sin que yo la posea en absoluto. Y sin embargo, hoy no elegiría los versos citados como síntesis de mi poética, sino el relato de lo que sucedió cuando Arnaut Daniel los recitó ante Ricardo Corazón de León, el hijo de Leonor de Aquitania, en un debate cortesano.

Ocurrió más o menos así: habiendo sido retados él y otro poeta a escribir una canción en una sola jornada, el rey los encerró a cada uno en una estancia. Daniel estaba desesperado porque no se le ocurría cómo comenzar. Entonces, en el conticinio de la noche, oyó una voz que, siéndole desconocida, decía lo que él siempre había querido decir, aunque nunca lo hubiera sabido expresar de manera tan contundente. «Nunca la tuve / pero me tiene», eso fue lo que oyó. Sin pensárselo dos veces, lo escribió como estribillo de su composición y prosiguió con los versos de la glosa. Una vez concluida su tarea, se echó a dormir tranquilo.

Eso mismo me ha ocurrido a mí con *Los versos de mi amiga*. Tras un largo periodo de aridez, he oído la voz de una mujer que me dictaba el eje fundamental de mi escritura. Parece sencillo, pero no lo es. A mí me ha costado mucho tiempo interpretar su llamada nocturna, el suficiente para que comprendiera que no es enteramente nuestro lo que escribimos los poetas, que nuestra tarea consiste en estar atentos a la voz que, desde dentro o desde fuera de nosotros, nos dicta lo que sentimos y nunca terminamos de expresar: «Nunca la tuve / pero me tiene», este es el sentido de su escueto mensaje.

¡Ay, quién volviera a la corte de Ricardo Corazón de León!

Los versos de mi amiga

ESCRIBIR UN POEMA te llena de dicha.
Como una mendiga que entierra su tesoro,
sonrías en silencio,
el mundo te acompaña un trecho del camino;
sientes su vecindad,
ya no estás sola, ya no eres frágil, ya no te duelen las
rodillas,
podrías encaramarte a un árbol y retar desde allí a tus
poetas
a que suban contigo
a otear un paisaje
que existe solo gracias a tus versos.

Pero escribir un poema no es tarea fácil,
podrían transcurrir días y meses
y años sin que tú escribas un poema.
Pasa el amor y se aproxima el miedo,
nacen los nietos
y mueren los amigos.
Y cuando las palabras
se deslizan por fin entre tus dedos

también puedes mancharte con el óxido
de sus bordes roídos.

Puede que sí o puede que no.

Puede ser que te asalte por la espalda
la vieja que te mira de reojo
mientras tú permaneces con la pluma en el aire.
Pero tampoco es del todo imposible
que en forma de ancianita inofensiva,
con su guadaña oculta entre las faldas,
la descubras un día arrastrándose
hacia ti con sigilo,
sin saber que eres tú quien la observa,
encaramada en tu verso feliz.

Sí, tú misma,
tan ágil y poderosa como ella,
sabiendo que por fin has escrito
un poema a su altura.